

ELEMENTOS DINAMIZADORES DE UNA COMUNIDAD CRISTIANA

Desde la teoría de dinámicas de grupos y comunidades, se establecen entre otros 3 grandes elementos dinamizadores de la vida de una comunidad cristiana:

- las relaciones:

Se refieren a los lazos que se establecen entre los miembros de la comunidad. Los vínculos interpersonales son determinantes a la hora de valorar la talla humana y cristiana de la comunidad. La fraternidad es la manera propia y específica de vivir las relaciones con el resto de los miembros de la comunidad, que pasan así a ser hermanos en el Señor. Dentro de todo proceso grupal es normal que se den diferentes etapas y momentos en las relaciones que se establecen, aunque es importante que siempre se de una evolución en la vivencia de la libertad, la confianza y la implicación en la vida del otro.

La manera como se vivan estas relaciones será un indicador de la “salud” psicológica y espiritual de la comunidad.

- las tareas:

Se refieren a las acciones concretas -internas o externas- que toda comunidad necesita para poder funcionar. Sin un mínimo de organización y un mínimo reparto de tareas y responsabilidades, una comunidad no puede avanzar. Podrá comenzar a caminar, pero difícilmente podrá mantenerse y progresar con el paso del tiempo. Para la realización de estas tareas es necesario establecer una serie de criterios y medios de acción: ¿Cuándo nos reunimos? ¿Quién escoge y prepara los temas? ¿Cómo y hasta dónde se comparte en las reuniones? ¿Quién establece los criterios de funcionamiento? ¿Cómo tomamos decisiones relacionadas con la comunidad?...

Todas estas tareas y acciones son parte fundamental en la vida de una comunidad cristiana. La manera como éstas se vivan puede ser un indicador de dinamismo y vitalidad, o de inercia y estancamiento.

- los objetivos:

Se refieren a la finalidad que persigue una comunidad. Porque todos hemos experimentado que por “Comunidad cristiana” se pueden entender cosas muy diferentes. Con los objetivos se pretende poder responder a preguntas fundamentales como: ¿Para qué nos reunimos? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Hasta dónde queremos llegar?...

Sabemos que los tres pilares básicos de una comunidad cristiana son compartir la fe, compartir la vida y compartir el compromiso. Sabemos también que sin una adhesión - clara y firme- al Señor Jesús y su propuesta de vida, no se puede hablar de comunidad cristiana. Ahora bien, relaciones, tareas y objetivos. Tres elementos fundamentales de los que depende la identidad y la estabilidad de toda comunidad cristiana. No son los únicos elementos, pero si alguno de estos tres falla, también están la fe, la experiencia de Dios.

FUNDAMENTOS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Para que una comunidad sea medio y cauce de progresiva maduración cristiana de las personas, es preciso que cada uno de los que la componen participe en ella con verdaderas y profundas actitudes y opciones comunitarias.

Estas actitudes comunitarias tienen su fundamento en la persona de Jesús y en el Evangelio. Sin ellas, por muchas reuniones que se tengan y muchos temas que se profundicen, nunca llegará a haber verdadera comunidad cristiana.

De esto se deduce, entre otras cosas, la necesidad de dar mucha importancia a las actitudes comunitarias a la hora de fundamentar un grupo o comunidad. Estas actitudes se fundamentan en una serie de valores evangélicos, que deben estar muy presentes en el proyecto, la vivencia y el proceso formativo de la comunidad.

Algunos de estos valores evangélicos son:

la comunicación, la oración compartida, la comunicación de bienes, la fraternidad, la opción por compartir, la capacidad de perdón y de cambio, la conversión permanente, la bondad, el amor a la verdad, la sencillez, la pobreza...

No es bueno presuponer estos valores en los miembros de la comunidad, pues luego, a medida que avanza el camino de la vida, nos llevamos sorpresas al descubrir que teniendo muchas cosas en común y aún queriéndonos mucho, no sólo somos distintos (lo cual no es un obstáculo sino una riqueza) sino que queremos vivir cosas distintas y de manera distinta, pues no partimos de unos valores comunes.

Sólo si se parte de estos valores comunitarios básicos -asumidos, afianzados y vividos personalmente-, se pueden llegar a vivir actitudes comunitarias fundamentales como la comunicabilidad, la apertura, la acogida, la exigencia, la coherencia, la aceptación, la ayuda mutua, la servicio, la sinceridad, la perdón, la corrección fraterna...

Dentro de la pluralidad de formas y estilos comunitarios que enriquecen a la Iglesia, creemos que es posible delimitar los aspectos fundamentales que han de constituir la comunidad estable y adulta, fiel al Evangelio y capaz de convertirse no en una experiencia puntual (o temporal) sino en un estilo de vida basado en el compartir la fe, la vida y el compromiso.